



# SABER *Mirar*

*Conservando el pasado invertimos en el futuro*

---

CUENTO PARA NIÑOS Y ADULTOS

# SABER *Mirar*

Texto: Juan María García Otero  
Ilustraciones: Natalio Arnosó  
Director de Arte: Alfonso Vinuesa

*A mis nietos  
Celia, Marta y Pablo.*

**RestauRO**  
REVISTA INTERNACIONAL DEL PATRIMONIO HISTÓRICO

---

*Érase que se eran dos hermanos,  
que vivían en una pequeña  
ciudad del norte de España.  
Dicha ciudad poseía entre*

sus edificaciones, las ruinas de un antiguo monasterio cisterciense que sólo mantenía en pie una gruesa y semiderruida pared, en la que todavía podía verse los restos de un dintel, de lo que en su tiempo fue una bella portada románica, parte de la nave central con media cúpula y el cimborrio ya en el suelo, unas ruinosas escaleras que conducían al ya inexistente claustro alto y la desafiante espadaña, que todavía se erguía con aires de pasada grandeza, y que amenazaba con rendirse definitivamente en cualquier momento ante el acoso de la perenne incuria.

El mayor de estos dos hermanos se llamaba Juancho y ya había cumplido los doce años. Iria, su hermana pequeña, cumpliría los once en la próxima primavera. En aquel momento, los dos hermanos eran conscientes de que estaban haciendo una trastada, jugando entre las ruinas del viejo monasterio. Sus padres les habían dicho que no debían jugar allí, porque aquellas viejas piedras amenazaban con desplomarse en cualquier momento y causar un accidente, del que todos podrían lamentarse.

El lugar estaba vallado con una verja metálica, a la que el tiempo, los intrusos y los buscadores desaprensivos de restos arqueológicos, habían deteriorado tanto, que mostraba en varias partes de su perímetro, pequeños boquetes por los que la gente se colaba al interior.

Como tantas otras veces y a escondidas de sus padres, Juancho e Iria se divertían ocultándose entre los restos de los muros para jugar al escondite. Para ellos, el viejo monasterio era un lugar perfecto de esparcimiento.

Aquel sábado por la mañana, Iria se aventuró subiendo por los restos de las ruinosas escaleras hasta encaramarse sobre el dintel de la puerta. La idea era buena, pero arriesgada. Nunca antes se había subido allí arriba. A su hermano no se le ocurriría mirar hacia lo alto.

La verdad es que el truco funcionó. Cuando Juancho al no verla se alejó para buscarla al otro lado de la espadaña, Iria se levantó de su escondite y, con un rápido movimiento, saltó desde lo alto, justo cuando la gran piedra sobre la que había estado agachada se caía con un fuerte estruendo. El susto y la polvareda que se formó, fueron grandes. De buena se había librado. Su hermano apareció con una tremenda cara de susto creyendo que se había hecho daño.

-¡Se ha caído esa piedra grande a la que me había subido, y casi me caigo yo con ella!  
-dijo Iria muy asustada señalando el montón de piedras caído.- ¡Cómo se enteren nuestros padres, menuda reprimenda nos espera!



-Salgamos de aquí. Nuestros padres nos van a castigar un mes sin salir, o algo mucho peor, que no veamos la tele durante una semana-dijo Juancho.

Sin tener en cuenta estas palabras de advertencia, Iria seguía quieta de pie, y sin moverse. Su mirada se había fijado en una especie de pequeña hornacina que el dintel tenía en uno de sus extremos, y del que asomaba un pequeño objeto que parecía ser una caja metálica. Rápida como un rayo, dio dos pasos y, cogiendo la pequeña caja, salió tan de prisa como pudo colándose por un hueco de la verja rota, y reuniéndose con su hermano, fuera ya del recinto.

Menuda la habían hecho. Aquello había estado muy mal, pensó Iria.

Los dos hermanos, ya en su casa, se refugiaron en la habitación de Iria sin que sus padres, que se encontraban en el jardín, se percataran de que habían regresado.

-¿Qué es eso?-preguntó Juancho con voz sofocada por la carrera, señalando la caja metálica que su hermana mantenía asida entre sus manos.

-Creo que es una vieja caja de metal -respondió ella que ya estaba mirando la forma de cómo podía abrirla.

-Ten cuidado -dijo Juancho al ver que intentaba abrirla con unas tijeras-. No sea que contenga en su interior el espíritu de algún genio maravilloso y nos embruje.

Como podéis entender por este comentario, el niño, que era muy fantasioso, estaba pensando en el cuento de Aladino y la lámpara maravillosa.

Mientras su hermano hablaba, Iria ya había conseguido introducir la punta de las tijeras entre los bordes de la tapa que, al ser de plomo, era blanda. Con una ligera presión, la niña forzó la caja levantando la tapa. En su interior apareció un envoltorio recubierto de una especie de grueso papel de color ocre que envolvía algo en su interior. Con sumo cuidado, acabó de abrir del todo la tapa de la caja y extrajo de ella un paquete que estaba fuertemente atado con un cordón de cuero.

-¿Qué será esto?-se preguntó mirando el paquete y el extraño cordel que lo amarraba.

-Un tesoro -dijo su hermano-. Tenemos que entregárselo a nuestros padres y contarles lo que nos ha sucedido. Así tal vez nos perdonen por lo que hemos hecho.

Iria escuchaba en silencio las palabras de su hermano, manteniendo el extraño paquete entre sus manos, en tanto que sus dedos daban vueltas y vueltas al cordel de cuero que lo ataba. Pasó un tiempo, y de pronto, como si hubiera tenido una gran idea, exclamó.

-Ya sé lo que haremos. Tenemos que ir a ver a don Juan, el viejo maestro que está en la biblioteca pública, para que él nos aclare qué es esto.

Su hermano asintió. Iria metió el paquete en la caja y, cogiendo una bolsa de plástico, introdujo éste en la misma. Acto seguido, los dos niños salieron de casa

sigilosamente y se dirigieron a la biblioteca en donde confiaban ver al viejo maestro.

Don Juan era una persona muy culta y respetada por todos. Había dado clase de historia en el instituto del pueblo y ahora, ya jubilado y sin familia, entretenía sus horas de ocio colaborando desinteresadamente en la biblioteca municipal. Tal como habían pensado, el anciano se encontraba trabajando en su despacho. El viejo maestro, al verlos frente a él, les preguntó:

-¿Qué se os ofrece pequeños?

-Queremos que nos diga qué es esto -dijo la

niña, no sin cierto temor, entregándole la bolsa de plástico al viejo maestro. Éste, cogió intrigado la bolsa que Iria le daba. Con sumo cuidado, sacó del interior la caja que contenía el extraño envoltorio y, sin atreverse de momento a abrirlo, preguntó mientras miraba aquel objeto.

-¿Dónde habéis encontrado esto?

Iria miró a su hermano y, viendo la cara de miedo que éste tenía, decidió decir la verdad.

-Lo hemos encontrado mientras jugábamos en las ruinas del viejo mo-



nasterio. Estaba escondida en el interior de una piedra que se cayó al suelo -la niña continuó hablando sin darle tiempo a reaccionar al anciano, contándole todo lo sucedido y concluyendo con estas palabras:

-Queremos que hable usted con nuestros padres para que no nos castiguen. Ellos nos habían prohibido que jugáramos allí.

-Bueno, algo tendremos que hacer en ese sentido -dijo el viejo maestro, al tiempo que abría la caja y, sacando el paquete de su interior, lo escrutaba con interés, al tiempo que intentaba deshacer el nudo del cordón que amarraba su envoltura. Con parsimonia estudiada, el viejo profesor fue deshaciendo poco a poco el cordel.

-Esto que parece un cordel es en realidad una tira de cuero, y el envoltorio que protege lo que se encuentra en el interior, es un viejo pergamino, que, por si no lo sabíais, también es la piel de un animal. Esta piel, una vez curtida y tratada, servía a nuestros antepasados para escribir. Era un tipo de "papel" que se utilizaba hace muchos años.

Los dos niños escuchaban en silencio viendo como don Juan deshacía el nudo, e iniciaba la labor de descubrir lo que guarda en su interior aquel misterioso paquete. Por fin, el último pliego del pergamino dejó al descubierto el secreto que guardaba en su interior. La sorpresa, con diferentes resultados, fue grande para todos. El paquete era un viejo manuscrito confeccionado en pergamino. Los dos niños, a juzgar por la expresión de sus rostros, esperaban otra cosa. Sin embargo, el viejo profesor mostraba una mirada llena de luz y de emoción.

Con sumo cuidado, fue abriendo aquel manuscrito. Era consciente de que aquello podía ser muy importante. Miró con atención las primeras páginas. Estaba abriendo un libro que había permanecido cerrado durante cientos de años. Los dos niños le observaban curiosos sin emitir una sola palabra. El tiempo fue pasando hasta que los niños empezaron a impacientarse. Iria emitió un ligero carraspeo, que hizo volver a don Juan de aquel viaje maravilloso que había iniciado con la lectura de aquel libro.

-Perdonadme niños. Esto que habéis encontrado es un manuscrito, un libro escrito a mano -aclaró-. Fue escrito por un fraile en el siglo XII. Por lo poco que he podido leer, cuenta la vida de ese monasterio

en el que vosotros lo habéis encontrado, y que ahora está en ruinas.

También narra el nacimiento del pueblo en el que vivimos y supongo que de muchas cosas más que todavía no he podido ver. Está escrito en latín, y por lo que puedo apreciar, es una verdadera joya del pasado.

Don Juan acompañó a los niños a casa y logró que sus padres no fueran muy severos por la falta cometida, eso sí, a cambio de prometer que nunca más

volverían solos a las viejas ruinas. Acto seguido, les pidió permiso para llevarse el manuscrito y así poder estudiarlo a fondo, con el compromiso de devolverlo una vez leído. También les pidió que, por favor, hasta entonces guardaran silencio sobre todo aquello.

Transcurridos unos días, el viejo profesor citó a toda la familia en su despacho de la biblioteca.

-Buenas tardes. Muchas gracias por haber venido. Deseo contarles algo relacionado con este viejo manuscrito que sus hijos han encontrado. Este

manuscrito es un gran hallazgo. Es la historia de un monje que pasó toda su vida en nuestro, hoy derruido, monasterio. Entró de novicio y llegó a ser el prior del mismo. Murió en el año 1202 a la edad de setenta años. ¡De esto hace más de ochocientos años! -el viejo profesor continuó su explicación.- El autor del libro nos cuenta cómo era este valle en aquel tiempo y cómo se fue construyendo poco a poco el monasterio de Santa María La Real. Cómo era la vida monacal entonces, y cómo fue naciendo el pueblo en el que hoy vivimos nosotros.

La madre de los niños, que no era muy reflexiva, interrumpió las palabras del viejo maestro.

-¿Nada más?

-¡Nada más y nada menos, señora! -dijo don Juan con voz potente, un tanto molesto.- Este libro puede sernos de enorme utilidad si sabemos interpretar bien la gran lección que encierra. A simple vista, puede parecernos sólo la historia de un monje que cuenta las vicisitudes de la vida de aquel tiempo en el monasterio, así como del nacimiento del pueblo. O puede ser todo un tratado de planificación ética y estética, de filosofía, de religión, de medicina, de historia, de arquitectura, de botánica o, si me apuran ustedes, hasta de gastronomía, entre otras muchas cosas más.

-¡Caray! -respondió la madre de los niños un tanto azorada por la respuesta del maestro.

-Sí señora -continuó hablando el viejo maestro.- Este libro es un hallazgo, porque nos va a permitir analizar la sociedad en la que hoy vivimos, pudiendo al mismo tiempo estudiar nuestros errores y nuestros aciertos y, de igual forma, cómo hemos evolucionado hasta hoy a lo largo de más de ochocientos años.

Iria, que había estado callada durante todo el tiempo, dijo de pronto:

-¿Es algo así como la serie de TV, "Érase una vez el hombre"?

-Más o menos, mi buena niña. Es un buen ejemplo. Tú me has entendido. Es algo así, pero centrado en una época, un lugar, un pueblo y una comunidad religiosa. Todos parecieron entender aquello. La intervención de la niña había servido para aclarar lo que aquel libro viejo podía significar, pero, ¿qué pintaban ellos en todo aquel lío? ¿a dónde quería llegar el viejo profesor? La duda tardó poco en ser aclarada.



-Pretendo mantener una reunión con el señor alcalde, el arquitecto municipal y todos los concejales, los directores de los centros de formación y también con un representante de la iglesia. Se me ha ocurrido algo y pienso que, entre todos, podemos sacar algo bueno de este libro para nuestro futuro.

-¿Se refiere usted al futuro de todos nosotros, de toda la ciudad? -preguntó el padre de los niños.

-Sin duda, señor. Para toda la ciudad, para la región, la comunidad, España y, si me apura usted, podría ser para todo el mundo.

Al otro día, el alcalde escuchó con sumo interés al viejo maestro. Don Juan le proponía una reunión de los principales "actores" de la ciudad para hablar con todos ellos de algo, que él consideraba de suma importancia. La opinión que el alcalde tenía de don Juan le hacía pensar que aquello podía ser interesante. En vista de todo lo expuesto, organizó una reunión en la que participarían todas las personas que el viejo maestro le había sugerido. En el día convenido, todos se juntaron en el ayuntamiento.

-Buenos días a todos -saludó el alcalde-. Les he reunido aquí porque don Juan, nuestro querido y sabio maestro, a quien todos conocéis, nos quiere hablar de un asunto que, en su opinión, es de suma importancia para todos nosotros. Yo confío en su buen criterio. Si les parece, veamos lo que nos quiere decir. Adelante don Juan, haga su exposición.

Aquel viejo profesor, que siempre había tenido un espíritu joven y dinámico, aquella mañana se encontraba con la mejor energía de sus años mozos. Sabía que si era capaz de transmitirles la lección que, a su entender, el libro encerraba, todos habrían dado un gran paso hacia un mejor futuro. Con voz pausada, pero firme, inició así sus palabras.

-Muchas gracias por haber aceptado venir. Creo que lo que tengo que contarles será de su interés y, creo asimismo, que una vez que interpreten y sepan ver lo que quiero transmitirles, se darán perfecta cuenta de lo importante que puede ser para todos nosotros y para nuestra pequeña ciudad esta vieja y nueva historia. Aquellas palabras, dichas con voz grave y firme, sirvieron para acaparar el interés de todos los presentes.

-Hace diez días, estos dos niños que nos acompañan se encontraban jugando en las ruinas del viejo

monasterio y, por una feliz casualidad, encontraron en ese lugar este antiguo manuscrito del siglo XII -dijo don Juan, mostrando a todos el libro-. El manuscrito está escrito en latín por un fraile de nombre Geronimus, que vivió y murió en él hace más de ochocientos años.

En aquel preciso momento, la voz potente y clara del señor cura sonó en la sala:

-¡Entonces ese libro pertenece a la iglesia!

Un murmullo de todos los presentes desvió por un momento las palabras del viejo profesor, el cual, con voz grave y potente, continuó su relato.

-Es posible que eso sea así, señor cura. Ahora lo fundamental no es a quién pueda pertenecer este manuscrito -dijo viendo cómo el señor alcalde pretendía intervenir en la polémica sobre la propiedad del libro-. Lo más importante es el contenido del libro y la interpretación que de él podemos sacar. Su propiedad

y valor son ahora algo secundario. Ya se verá a quién pertenece en su momento. En estos instantes, sólo importa su contenido -aquellas palabras dichas con voz firme sirvieron para acallar momentáneamente el conato de discusión sobre la propiedad del libro-.

-Yo he leído el libro y puedo decirles que es una joya. No sólo en cuanto a su contenido literario o a su valor material o histórico, que los tiene, sino en cuanto a la lección maravillosa que de él podemos



entresacar, si somos capaces de interpretar y asimilar el mensaje que, a mi entender, el libro encierra.

-El libro narra la vida de un joven fraile recién llegado al monasterio, todavía en construcción, allá por el año 1147, cuando sólo contaba quince años. Este joven fraile, terminó siendo el prior del monasterio y, al final de sus días, fue enterrado en él. Esto sucedió alrededor del año 1202. El autor, que se llamaba Geronimus, provenía de una familia de Burgos cuyos padres eran artesanos. Relata en el libro cómo era la vida en el monasterio y cómo, poco a poco, fue creándose a su alrededor un pequeño burgo que fue convirtiéndose, con el paso del tiempo, en la pequeña ciudad en la que hoy nosotros vivimos-.

Los oyentes empezaron a interesarse por el relato que del libro estaba haciendo el viejo profesor, el cual continuó describiendo su contenido.

-Los espacios naturales en los que se asentaba el monasterio. Los grandes bosques que entonces existían en toda esta zona, en donde los ciervos, jabalíes, corzos, ardillas, perdices, palomas, águilas y demás animales de la fauna ibérica vivían en completa libertad, al mismo tiempo que eran de gran utilidad para satisfacer las necesidades del monasterio, y también, en parte, las de los nuevos pobladores que se iban asentando al amparo del mismo. El río que suministraba agua clara y cristalina a la comunidad y donde la abundancia de pesca permitía a todos una fuente de alimentos y un uso racional para el disfrute de aquel entorno paradisíaco.

La construcción del monasterio ocupaba una gran parte del relato. De cómo aquel asentamiento inicial fue creciendo poco a poco a partir de una pequeña capilla, hasta convertirse en un magnífico edificio que contaba con una iglesia de más de cuarenta metros de largo y más de veinte de alto. Un claustro en el que las columnas con sus capiteles bellamente labrados, daban esplendor a la obra y cobijo a los más de treinta monjes, así como a los peregrinos que, camino a Compostela, reparaban sus fuerzas y hacían noche en él.

El viejo profesor continuó el relato describiendo la actividad diaria de la comunidad en el cenobio, también en el hospital y en la herboristería y, de igual modo, en la pequeña escuela que habían construido.

Las noticias que llegaban de Europa a través del Camino de Santiago: los avances científicos, las nuevas formas de la arquitectura, las noticias de las luchas contra los moros, las historias de las Cruzadas, los nuevos conocimientos y, también, las nuevas ideas que surgían a partir de la traducción al árabe y al latín de los filósofos griegos. Por último, el texto daba una relación de algunos nombres de famosos peregrinos que habían pasado por allí.

El relato que el viejo maestro había hecho del manuscrito, tenía embelesados a los oyentes. En este punto, paró de pronto su narración, y con voz grave dijo:

-Por favor, síganme, quiero mostrarles algo verdaderamente importante.



El primero en salir fue él mismo. Iria le siguió presta. El resto, fueron saliendo uno a uno, cerrando la comitiva el señor alcalde.

Justo a espaldas del ayuntamiento, había una estrecha calle que conducía hasta una pequeña elevación donde estaban las ruinas de un viejo castillo. La vista de la ciudad desde allí era completa. En un día claro, incluso, podía divisarse todo el valle en el que se encontraba ubicado el pueblo. El paseo duró apenas cinco minutos. El primero en llegar fue el viejo maestro que, con una energía impropia de su edad, había subido la cuesta sin grandes esfuerzos. El último fue el alcalde, que era un empedernido fumador, y el más gordo de todos. El cura fue el primero en hablar:

-Bueno, ¿y ahora qué hacemos don Juan?

-Por favor, les ruego que observen con mucha atención todo lo que se divisa desde aquí. Díganme lo que ven. Tómense un tiempo, reflexionen sobre lo que ven -dijo un tanto misterioso el viejo maestro.

Al cabo de un rato de observación de todo el grupo en completo silencio, el alcalde hizo el primer comentario.

-Bueno, yo veo lo de siempre: el valle, la ciudad, los alrededores, los automóviles... ¿Qué hay de nuevo que tengamos que ver, don Juan?

Fue entonces cuando el viejo maestro, que estaba observándolos a unos pasos de distancia, dijo.

-Perdónenme, pero ve más un ciego que ustedes.

Todos se quedaron muy sorprendidos por aquellas palabras duras del viejo maestro. Sin darles tiempo a reaccionar, aquel anciano les espetó.

-Acabo de relatarles hace unos minutos, cómo era este valle y nuestro pueblo hace más de ochocientos años. Ustedes, después de escuchar mi relato ¿no ven nada? ¿No ven, que de los bosques que narra el autor del manuscrito apenas nos quedan unos cuantos árboles y la mayoría de éstos están enfermos? ¿No ven, que el caudaloso y frondoso río del que nos habla el Abad Geronimus está seco y su antiguo cauce sólo sirve de torrentera cuando llueve, y el agua, al no existir vegetación y apenas espacios sin cemento o asfalto, no puede filtrarse y lo arrasa todo, anegando las construcciones que se hicieron de forma inadecuada en su cauce natural? ¿No son capaces de darse cuenta de que los únicos animales que viven entre nosotros son cuatro perros, unos pocos gatos y una ingente multitud de ratas y gaviotas que se alimentan en los cubos de la basura, en las cloacas y en el vertedero municipal?

-¿Acaso no ven que el hermoso monasterio que describe el libro es hoy una ruina total al que la incuria y la desidia, junto a la inoperancia absoluta de las administraciones han permitido su destrucción? ¿Son ustedes incapaces de observar que la mitad de las casas del casco histórico, hoy casi deshabitado, están destruidas, y la otra mitad es una arquitectura sin orden ni concierto digna de ser demolida? ¿Por ventura no son capaces de percibir el hedor que desprende la fábrica de harina de pescado cuando sopla el viento norte?

El viejo profesor se había transfigurado. Su carácter, habitualmente apacible y bonachón, era en estos momentos el de alguien que manifestaba una ira, a duras penas contenida, con los allí presentes.

-¡Miran y no ven! ¡No saben mirar! ¡Están ciegos!

Con voz grave y potente continuó:

-¿Acaso no pueden ver esos dos edificios de doce plantas cada uno, que rompen la poca armonía que quedaba en esa zona y que, fuera de todo contexto y norma urbanística, fueron construidos con el permiso de las autoridades competentes y la total aquiescencia de los técnicos que tenían que velar por las normas que lo impedían? Y, ¿qué decir de las naves industriales que, sin ton ni son, fueron construyéndose a lo largo de los años y que hoy son un atentado contra la estética y la salud pública, por carecer el polígono en el que se asientan de una depuradora que elimine sus aguas residuales y, sobre todo, por la ausencia de un plan director que regule el mismo?

-Para terminar, contemplan la indecencia del vertedero municipal todavía hoy ilegal, justo al fondo del valle y a la salida del pueblo. Y, ¿qué decir del incipiente poblado, en donde los emigrantes han iniciado la instalación de chamizos que deberían llenarnos de vergüenza a todos?

-¿Acaso no son capaces de comprender que hemos destruido un paraíso, para vivir en lo que a ustedes les gusta llamar, la modernidad y el progreso? —continuó diciendo con voz potente el viejo profesor— ¿Qué es la modernidad para ustedes? ¿Creen de verdad que las palabras “desarrollo” y “sostenible” son compatibles? Yo tengo muchas dudas sobre eso—.

Con estas palabras aquel anciano terminó su discurso. Se le notaba afectado y fatigado.

Entre el grupo se hizo un largo y prolongado silencio. El viejo profesor, un tanto abatido, se sentó en una roca. Con la cabeza baja y con voz casi apagada como con una gran pena en su alma, murmuró.

-¡Miran y no saben ver! Habría que enseñarles a mirar, pero ya es tarde.

El primero en reaccionar fue el señor alcalde.

-Bueno, don Juan. Vamos a ver, esto es el progreso. Hoy se vive más y mejor que hace ochocientos años. Hoy tenemos más avances y más logros que nos permiten una mejor calidad de vida. Hoy tenemos una vida mejor y más cómoda, hemos crecido y desarro-

llado grandes cosas y pienso que tenemos que seguir creciendo todavía más.

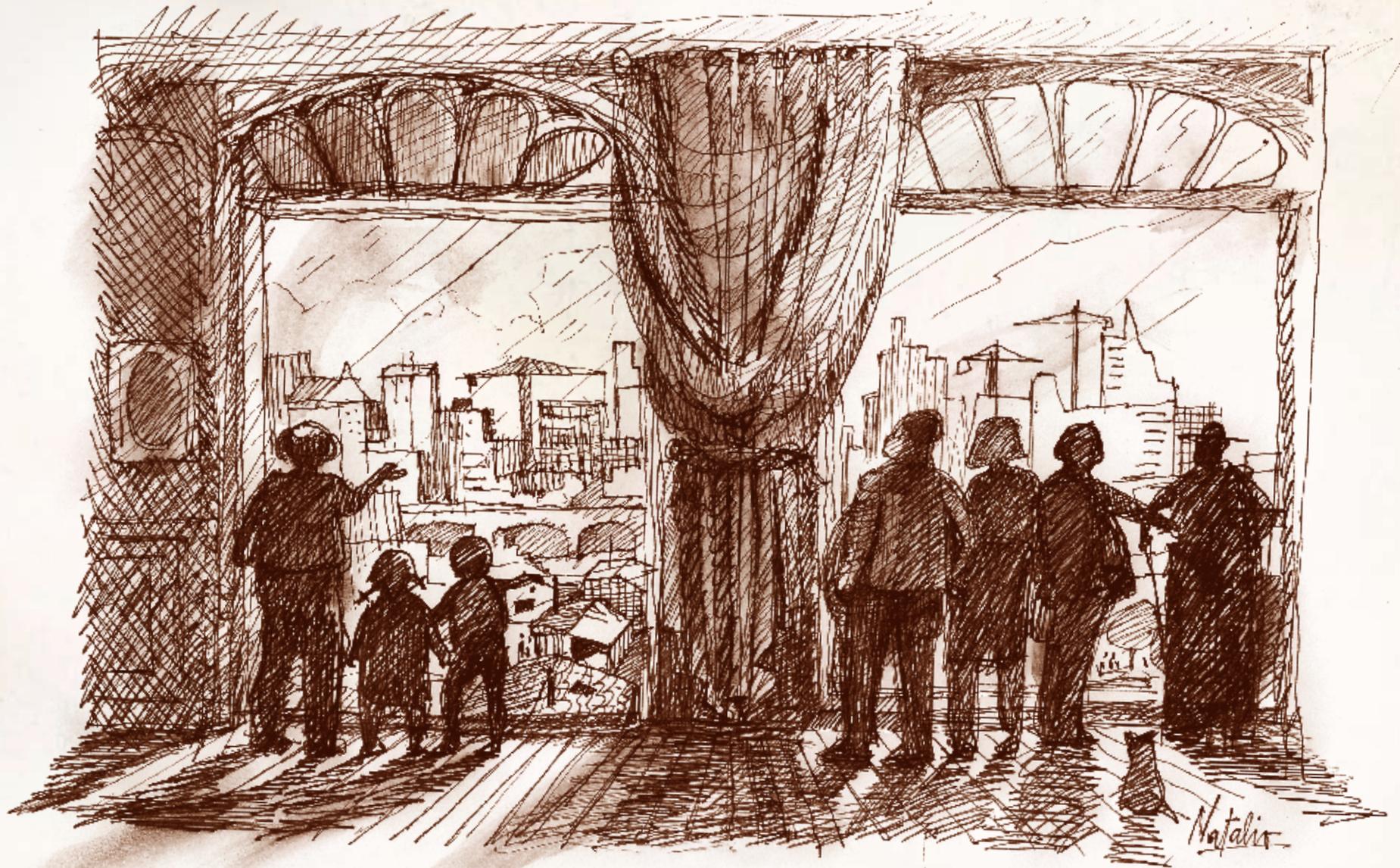
El viejo maestro, levantando la cabeza, le respondió en un tono más mesurado.

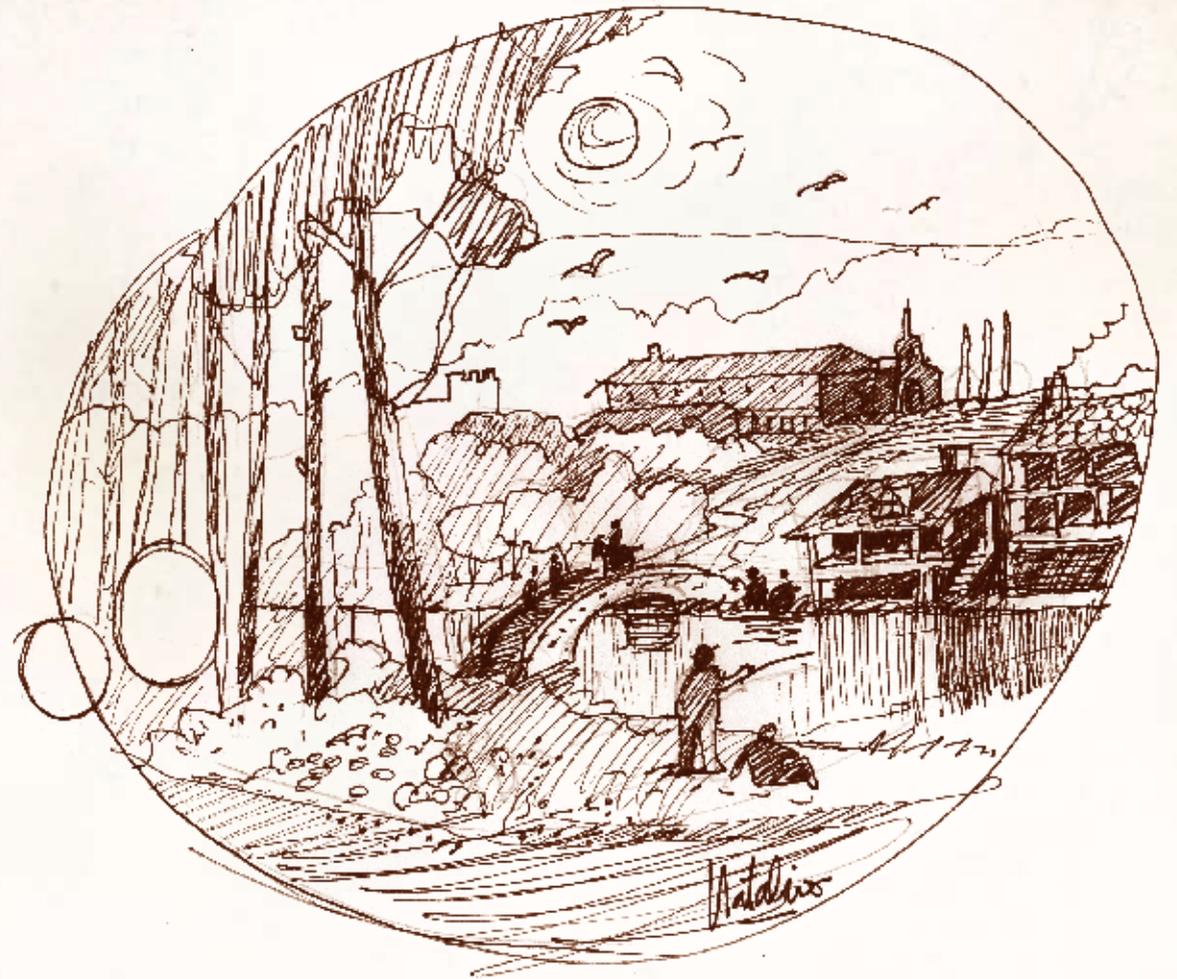
-Eso que usted afirma, siendo en buena parte verdad, es muy discutible. Creo que merecería la pena profundizar y reflexionar más sobre ello. Desde luego no aquí y ahora, si lo desea lo haré con sumo gusto, en otro momento, en otro lugar, y desde luego con

otros contertulios y con otro foro. Y, permítame que le diga que sólo hay una parte de razón en lo que usted afirma. Usted habla de crecer. ¿Crecer hasta cuándo, hasta dónde? ¿hasta el infinito? Le recuerdo que vivimos en un planeta llamado Tierra que es finito —afirmó don Juan, al tiempo que, continuando con su discurso, les preguntó—.

-Acaso, ¿cree usted que progreso significa destrucción? ¿Qué progreso significa que los bosques,

los ríos y nuestro patrimonio histórico y cultural deba desaparecer para dar entrada a fábricas mal planificadas y peor situadas, a un desastre urbanístico que la especulación, la desidia, el caciquismo y la incuria han permitido transformar un lugar que fue un paraíso, en un lugar infecto, feo, mal oliente y desagradable? Yo creo que no. Yo no estoy conforme con que el progreso traiga la destrucción del medio ambiente. Tenemos que implicarnos





más. No podemos escudarnos en decir: ¡Si no lo hacemos nosotros aquí, otros lo harán en otro lugar! Hay que crear empleo a cualquier precio. Tenemos derecho a ello.

¡Ni mucho menos! Tenemos que comprometernos con el planeta que nos cobija. Tenemos que proteger nuestra cultura, nuestra naturaleza y la diversidad de la misma. Hay que conservar el espíritu de nuestra historia. Hay que restaurar más y construir menos, hay que transmitir valores básicos, y hay que apadrinar a nuestro Patrimonio natural y construido. Y, sobre todo, hay que vigilar y castigar muy severamente a los infractores, para que no se cometan desmanes contra nuestro planeta, tal y como ha sucedido

aquí y a lo largo de los años. En nuestro pueblo, en nuestro valle, en España, en el Mundo.

Aquel viejo profesor estaba lanzado, su mente y su boca no cesaban de transmitir ideas y palabras sobre el desastre al que caminábamos desbocados si continuábamos destruyendo La Tierra.

-Si cada uno de nosotros verdaderamente se concienciara, y se convirtiera en padrino de un árbol centenario, u otro recién plantado. De un tramo de río, o de bosque, del monasterio o de una parte de él, y además ese compromiso fuera inculcado y transmitido a los niños de generación en generación, hoy no tendríamos este desastre que ustedes, ahora sí ven.

-El desarrollo no tiene por qué significar la destrucción de una cultura o de un entorno natural o construido. Nuestros diversos patrimonios son las señas de identidad más importantes que poseemos. ¿Qué es un pueblo o una nación sin sus señas de identidad? Nada. El patrimonio es el ADN de nuestra cultura. -El desarrollo controlado es posible, si nosotros queremos. El desarrollo hay que consensuarlo con la sociedad y con los políticos y, ¡escuchen esto! Nunca, nunca podemos dejar nuestro futuro, sólo en manos del libre mercado. A la empresa privada hay que fomentarla y apoyarla, pero también hay que vigilarla y, sobre todo, hay que legislar normas que la regulen.

Al viejo maestro le había vuelto en parte su ansia de hablar.

-Hay que educar a nuestros niños y al resto de la sociedad en el amor a la naturaleza y a nuestro patrimonio cultural. Sobre todo a los niños que son el futuro. Igual que se les enseña a leer o escribir, hay que enseñarles a amar y respetar esa señas de identidad. Hay que premiar los esfuerzos y corregir los fracasos, hay que mostrarles que todo sacrificio tiene su recompensa, no todo vale. No se puede amar aquello que no se conoce, y nuestra juventud es lega en muchas materias, por eso se despreocupa de estos asuntos y, sobre todo no se pueden cambiar valores básicos por tendencias del mercado.

El grupo escuchaba en silencio, contemplando el caos constructivo y el desolador paisaje que, ¡ahora sí veían! Ahora sí entendían el importante mensaje

que del libro había sacado el viejo profesor. Ahora sí se daban cuenta de la lección que el viejo maestro les había dado a todos, llevándolos a ver aquello que tenían delante, y que no habían visto hasta entonces. Ahora ya era muy tarde para rectificar. La solución a los problemas creados durante muchos años por la incuria, la ignorancia el caciquismo y la especulación desmedida sería de larga y costosa cura, si de verdad querían recuperar lo perdido.

Pasó algún tiempo de aquella reunión y un día Iria y Juancho fueron a ver a don Juan a la biblioteca.

-Queremos hablar con usted -dijo Iria-. Juancho y yo queremos apadrinar dos cosas. Juancho, la fuente medieval que hay en la plaza, y yo, el viejo olmo que está al lado de las ruinas del monasterio.

Díganos que tenemos que hacer. Enséñenos a amar nuestro patrimonio, muéstrenos el camino.

En ese momento, el viejo profesor, levantándose y mostrando una amplia sonrisa en su rostro, abrazó a los dos niños. Su mente recordó en fracciones de segundo lo que había sido su vida y su lucha permanente contra la ignorancia, el caciquismo y los malos hábitos de la sociedad. Fue entonces cuando se dio cuenta de que todo ese esfuerzo había valido la pena. Al menos aquellos dos niños habían aprendido a saber mirar. ¡Saber mirar! ¡Qué suerte habían tenido, había conocido a dos niños que sabían mirar el presente para hacer un futuro mejor.

P.D: El libro quedó depositado en el Juzgado a la espera de que un juez dictaminara quién era su legítimo propietario.

*Fin*

